



### Novedades

23/01/2008  
Política  
Contra el pesimismo  
tranquilo de Antonio  
Cortés y el  
incorregible sentido  
común de Andrés  
Sanfuentes

21/01/2009  
Política  
Del sujeto de  
derechos... Al objeto  
de castigo

15/01/2009  
Economía  
La Profunda  
desigualdad

07/01/2009  
Política  
Chile y la Operaciones  
de Paz

30/12/2008  
Política  
La ley penal para  
niños y niñas:  
La Política de  
Seguridad Pública por  
sobre los derechos  
humanos

11/12/2008  
Política  
Cambio Social en  
Estados Unidos

### Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.ced.cl.

©2000 asuntospublicos.ced.cl.  
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

## Contra el pesimismo tranquilo de Antonio Cortés y el incorregible sentido común de Andrés Sanfuentes

Sergio Micco Aguayo (1)

En el Informe N° 676, Antonio Cortés desarrolla las dificultades del cambio social. El destacado sociólogo y analista del foro parte por preguntarse si esta idea debiera ser la opción central de la propuesta programática de la Concertación. El autor anota múltiples dificultades para aceptarla. La primera es la ambigüedad del término, al punto de permitir que la Derecha lo haya enarbolado, por ejemplo, en los gobiernos de la "revolución neoconservadora" de la Thatcher y Reagan. De hecho, la derecha nacional encabezó un cambio revolucionario, radical y violento, entre 1973 y 1989.

Hoy la idea del cambio es fácilmente homologable a la alternancia en el Poder Ejecutivo y vinculable a demandas por crecimiento, modernizaciones y acceso al consumo, todas ellas banderas más bien asociadas a la oposición (con el perdón de los liberales de gobierno). Por otro lado, el cambio social, en un sentido igualitarista, encuentra no menos formidables obstáculos.

El primero es que la Concertación sería hoy una coalición típicamente conservadora del statu quo, porque, tras veinte años de gobierno, se encuentra indisolublemente atada a su obra y a una enmarañada red de intereses diversos.

El segundo, es la ausencia de una comunidad intelectual crítica, capaz de levantar una imagen y propuesta de cambio tan convocante como viable. Por el contrario, Cortés observa un lastimero e infecundo "modelo neoliberal" y nada más.

En tercer lugar, una coalición por los cambios no sólo debe contar con ideas, sino que con fuerzas sociales que la integren. Nada de eso aprecia Cortés en la actual sociedad civil chilena. Su pesimismo termina con una propuesta realista: "la radicalización del continuismo", pues no sería creíble ni posible que una coalición de gobierno virase abruptamente sin comprometer su seriedad, coherencia y unidad internas. Viniendo de él, creo que este pesimismo es tranquilo, pues finalmente Chile goza de paz social, crecimiento económico y estabilidad política como nunca los había tenido. En tiempos de crisis económica mundial, no es malo tenerlo en cuenta.

En el Informe siguiente, Andrés Sanfuentes nos desconcierta, invitándonos a participar en un extraño concierto de dos ritmos o pasos. Por una parte, señala sin tapujos que la profunda desigualdad de Chile es la principal deuda social de los gobiernos de la Concertación. Describe las distintas dimensiones de esta realidad e incluso señala vías para atacarlas. Hasta este punto uno podría decirle a Antonio que la idea del cambio social tiene su decálogo y profeta: Andrés Sanfuentes. Sin embargo, y aquí irrumpe el segundo y desconcertante aporte del artículo del insigne economista, constata que el requisito para emprender una verdadera obra igualitaria

es efectuar cambios estructurales, por ejemplo una reforma tributaria que afecte el impuesto a la renta. Pero, en la misma idea de Cortés, Sanfuentes recuerda todas las ambigüedades al interior de la Concertación y agrega un dato de sentido común: no tenemos ni tendremos mayorías ciudadanas y parlamentarias para ello. Por lo tanto, el economista sagaz y hábil político, termina citando a Antonio en eso de la "radicalización del continuismo, entendiendo por tal la aceleración, profundización y complementación de las matrices de progreso y justicia social que han instalado y construido los gobiernos concertacionistas".

### Cambio posible, urgente y necesario

¿Qué decirles al pesimismo tranquilo de Antonio y al sentido común de nuestro Andrés? Si ellos fueran Asterix y Obelix, ¿dónde conseguirles la bendita poción mágica del cambio? ¿Dónde encontrar la marmita del druida del progresismo?

Parto con un general griego que al derrotar a los romanos en Sicilia, mirando el cúmulo de cadáveres de sus soldados, expresó: "Con otra victoria más como ésta, estamos perdidos". No se equivocó. Tiempo después el general citado, de nombre Pirro, fue definitivamente vencido.

Creo que Ricardo Lagos superó la violenta caída electoral de 1997 representando el cambio dentro de la Concertación y los anhelos de crecimiento con igualdad.

Michelle Bachelet fue llevada a la Moneda por un sentimiento similar que arrebató a la opinión pública: cambio cultural, paridad, nuevos rostros, en fin.

Hoy, el principal abanderado de la Concertación ha levantado la bandera de la Nueva Constitución. ¡Vaya cambio!

Conclusión: Más de lo mismo, derrota segura. Mal que mal, aunque sus gobernantes lo hayan hecho bien -y en materia de igualdad no lo hemos hecho bien- los pueblos no votan por agradecimiento, como nos lo enseñó Helmut Kohl. La ciencia política, a su vez, nos habla de la preeminencia del voto prospectivo respecto del retrospectivo. Los votos pocas veces equivalen a medallas por gestas pasadas. Más habitualmente premian promesas creíbles de cambio futuro. (De hecho, muchos chilenos creen con justicia que ya nos han premiado suficientemente).

En segundo lugar, y creo que Antonio y Andrés se sienten más interpretados por esto que yo mismo, digamos que el cambio concretado por la Concertación no ha sido menor. De un modelo de desarrollo políticamente autoritario, socialmente excluyente y económicamente liberal hemos pasado a uno democrático, incluyente y que ha mantenido su matriz liberal en cuanto ha optado por una economía abierta y de mercado cuyo motor es la empresa privada.

Afirmemos, entonces, que el cambio ha sido posible. Se nos argumentará que en realidad es el neoliberalismo continuista el que se impuso tras 1988. Pero eso no es lo que sostienen economistas críticos de lo hecho en democracia. Por ejemplo, Gonzalo Martner en su llamado a "Remodelar el modelo" señala que éste actualmente es un híbrido entre neoliberalismo y esbozos de una democracia social. En particular, en tres aspectos cruciales y sistémicos, la política seguida no es neoliberal: la carga tributaria, que se alzó al inicio de la democracia; las privatizaciones, que se detuvieron, salvo la del agua, y la legislación laboral que ha buscado fortalecer al trabajador y sus organizaciones sindicales.

Tercero, todos los partidos de la Concertación quieren un Estado social y democrático de Derecho y una nueva Constitución Política. No dudan en reclamar por la injusta estructura tributaria chilena ni por la pequeñez de nuestro Estado, incluso en comparación con el chileno de 1984, 1990 o con el norteamericano de hoy. Reclaman más salud y educación para todos, y de calidad. Pues una educación para pobres es una pobre educación, como una salud para pobres es una pobre salud. Se postula una economía social y comunitaria que irrumpa entre el Estado y el mercado. Además, se mencionan medidas de desarrollo productivo. Todo ello a partir de lo hecho, pero, sin duda, apuntando más allá de la mera radicalización del continuismo.

### El cambio que nos es esquivo

Si las ideas están tan claras, ¿por qué no se llevan a la práctica? Busco las razones hurgando en un extraño lugar. Pues, como dijo San Agustín, por ahí lo leí, "la verdad hay que ir a buscarla donde se encuentre". Yo la encontré en una entrevista de El Mercurio a Joaquín Lavín, donde éste relataba que Álvaro Uribe le había confidenciado ser discípulo de John P. Kotter. Uribe le había sugerido leer el libro de su mentor "Al frente del cambio". El entonces abanderado presidencial de la UDI no lo hizo, cosa de la cual se lamentaba.

Yo, a diferencia de él, lo compré y leí velozmente.

A partir de eso, disparo nuestros problemas para encarnar y realizar el cambio igualitario:

Primero, exceso de complacencia. Constatamos que de acuerdo a las cifras de los dos últimos censos, el 73% de los chilenos es hoy dueño de la casa en que vive. Vemos que si mientras en 1982 un 27% de los hogares disponía de TV en colores, un 49% de refrigeradores, un 35% de lavadoras y un 11% de teléfono fijo, en 2002 lo hacía un 87%, un 82%, un 79% y un 51% de los hogares respectivamente. Nos alegramos porque la escolaridad media de la fuerza de trabajo pasó de 7,7 a 10,4 años; el 98% de los hogares tiene hoy electricidad; un 92%, agua potable y alcantarillado. Nos sentimos orgullosamente insatisfechos cuando sabemos que la pobreza absoluta disminuyó de 38,6% de la población en 1990 a 18,8% en 2003 y la extrema pobreza absoluta de 12,6% a 4,7% en igual período. Con estos resultados no es raro que las fuerzas de la prudencia, siempre necesarias, se impongan con facilidad a las exigencias de la justicia, siempre imprescindibles y urgentes.

Segundo, no crear una coalición rectora lo suficientemente fuerte. Humanistas socialistas, laicos y cristianos, socialdemócratas y socialcristianos, sectores populares y clases medias tras un solo programa. Esa es la clave del 5 de octubre de 1988. Sin embargo, hoy nuestros partidos están profundamente divididos; sus parlamentarios se rebelan; las fuerzas sociales del sindicalismo representan menos del 10% de la clase trabajadora. Los estudiantes oscilan entre el consumo, la anomia y las legítimas protestas contra una clase política que no los representa. Si no atacamos con resolución la actual crisis de los partidos políticos y de las fuerzas sociales, particularmente el sindicalismo, no habrá fuerza.

Tercero, infravalorar el poder de la visión. ¿Quién tiene hoy la hegemonía gramsciana en materia económica? Respondo: economistas neoclásicos sinceros y neoliberales disfrazados de progresistas, fuertemente atrincherados en universidades, medios de comunicación y empresas, que agitan, de tanto en vez, sus espantajos culturales para distraer un poco la atención y dividir a la coalición partidaria de la democracia social, el Estado social y democrático de derecho y de la economía comunitaria. Por eso es clave leer y distribuir libros como los últimos de Ricardo Ffrench-Davis, Humberto Vega, Oscar Muñoz, Guillermo Larraín o de los propios Navia y Engel que reclaman una real igualdad de oportunidades para competir (es decir, se toman el libre mercado en serio).

Cuarto, dedicar sólo un 10% del esfuerzo a comunicar la visión, y no el cien, el mil por ciento. Sabidas son la concentración económica de la prensa escrita, la comercialización de la televisión pública y la hegemonía cultural liberal a nivel de las élites. No deja de sorprender el silencio de la comunidad intelectual y periodística de Chile, ante, por ejemplo, el poder del mensaje del nuevo Premio Nóbel, Paul Krugman. Éste, en su libro, "Después de Bush", las emprende en contra del desprestigio de la política, la polarización ideológica y la desigualdad creciente en Estados Unidos (¿no nos recuerda algo este enunciado de problemas?). Su receta: que los ricos paguen más impuestos; que se fortalezca el sindicalismo y que se establezca un seguro universal de salud en EUA, mirando la experiencia de la Europa social. Que lo diga Arturo Martínez, pase. ¡¡Pero lo dice el Premio Nóbel de Economía¡¡ ¿Y? Mutis por el foro. ¡¡No se oye nada Padre!!

Quinto, permitir que los obstáculos nos abrumen y desmovilizar así a los que creen en el cambio. Tantas negociaciones para enfrentar la dificultad política evidente de toda propuesta innovadora: una institucionalidad torcida que lleva a negociaciones que impiden transformaciones evidentes para el interés general. Todo ello, para algunos necesario e inevitable, confunde a la opinión pública y desmoraliza a los nuestros.

Sexto, no generar éxitos de corto plazo. Entregar todo lo bueno durante estos 18 años a los autocomplacientes, encerrándose en una triste autoflagelación, constituye un grave error. Hemos hecho mucho por Chile. Hay que destacarlo más. En este año de crisis, medidas tan audaces como eficientes orientadas a mostrar que mediante la política se puede mejorar la suerte de los chilenos, especialmente de los pobres y de las clases medias, son parte de esta poción mágica del cambio. No hacerlo, es pura kriptonita inmovilizada.

### Conclusión: Yes we can

Escribo esto mientras la televisión muestra la transmisión del mando en Estados Unidos. El lema de la interminable serie de reportajes es algo así como "Cambio en Estados Unidos". ¿Anticipo de lo que está por venir? Yo lo espero.

Hasta aquí, sin querer queriéndolo, he mostrado las dificultades del cambio. Lo que lleva agua al molino de la "radicalización del continuismo". "Nadie sabe para quien trabaja", me dijo un conocido asesor laboral. Resumen: exceso de complacencia; falta de una visión clara; insuficiencia en la comunicación de la necesidad y viabilidad del cambio; ausencia de coalición rectora, amplia y poderosa; pérdida de mística ante los obstáculos, los internos y externos; y pocos o mal comunicados éxitos parciales.

¿Qué hacer? nos preguntaría Lenin. Me atrevo a contestar pidiendo que demos el primer paso, tal vez poco elegante y seguro como todo primer paso. Pero es el que podemos dar en Asuntos Públicos.

Así, quiero terminar -en realidad, empezar- apelando a la inteligencia crítica, extensa, ilustrada, autónoma y creadora de Antonio y Andrés, nuestros criollos Asterix y Obelix. Cambiando de la Francia gálica al Chile actual y del cómic a la realidad, y contemplando a Obama, les diría que en parte Superman superó la kriptonita de la desesperanza y, sí, pudo vencer, apoyado en la tarea de la comunidad intelectual, con solitarios como Krugman o Stiglitz. Sin su aporte, la batalla no puede darse, pues ni siquiera sabríamos en qué consiste ni dónde se libra.

En efecto, necesitamos de una comunidad intelectual que practique el pensamiento extenso, ese que obliga a la empatía, es decir a ponerse en el lugar del otro, particularmente del que lo está pasando mal hoy en Chile. Que se atreva a criticar los supuestos establecidos, los dogmas asentados y las hegemonías

culturales, tan plagadas de falso sentido común y de mentiras mil veces repetidas. Que piense por sí misma, y no de acuerdo a lo que le diga su empleador, público o privado, o lo que le señale su líder partidario o de facción. Que realice su tarea con ilustración, en este caso estudiando con rigor experiencias comparadas de cambio (tanto las exitosas como las fracasadas).

Antes de analizar las restricciones de la realidad, partamos por una desinteresada y libre búsqueda de la verdad. Que para eso existen los intelectuales, que no son ni deben ser los políticos que deciden, con el perdón de la mala tecnocracia.

Para esta tarea intelectual necesitamos una comunidad que sortee enormes dificultades. Anoto, con el objeto de exorcizarlas: ser seducido por el halago de los poderes de turno, desviado en su agenda de cambio, agobiado por las mil tareas del diario vivir o por las urgencias que impone la coyuntura política; desmoralizarse ante las marginaciones, reales y simbólicas, que sufrirá todo crítico que ejerza su papel de tábano del burro de la autocomplacencia, y carecer de coraje incluso para superar el sufrimiento que experimentará por afirmar su verdad, por humilde que ella sea.

Si pudimos antes, podremos de nuevo. Me inspira un optimismo inquieto.

---

1) Director Ejecutivo del CED. Abogado, Magíster en Ciencia Política, Doctor en Filosofía.